

Palabras de doble filo

Avisos y antídotos
contra engaños
y calamidades

Álex
Grijelmo



ESPASA

Palabras de doble filo

Avisos y antídotos contra
engaños y calamidades

Álex Grijelmo



© Álex Grijelmo, 2014
© Del Prólogo: Carlos Yáñez, 2014
© Espasa Libros S. L. U., 2014

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito Legal: B. 723-2015
ISBN: 978-84-670-4374-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

ÍNDICE

PRÓLOGO de Carlos Yárnoz

| | |
|--|----|
| Sin ánimo de ridiculizar, sino de enseñar..... | 11 |
|--|----|

PALABRAS DE DOBLE FILO

| | |
|--|----|
| Un romano con lanza y reloj..... | 15 |
| Cambiar las palabras o cambiar la realidad | 19 |
| Jugamos tranquilas, ¿eh? | 23 |
| El rumor enmascarado..... | 26 |
| Palabras con prejuicios | 30 |
| Mentir contando la verdad | 33 |
| Bankia no era un bankio..... | 36 |
| Hala Madrí | 39 |
| Vocablos disponibles para resolver conflictos | 42 |
| El anglicismo depredador..... | 45 |
| Palabras en busca de diccionario | 48 |
| El comunicado-tuit | 51 |
| Esto está escrito en sede periodística | 54 |
| El significado de «pensión» se estira y estira | 57 |
| Apoyaremos al Papa, «sea quien sea» | 60 |
| «Cataluña y el resto de España»..... | 63 |
| El populismo y el diccionario | 66 |

| | |
|---|-----|
| Cornadas en el idioma | 69 |
| Abdicar la corona con corrección | 72 |
| La calle de la Estafeta invita a correr..... | 75 |
| El diccionario de La Moncloa | 78 |
| Elogio del quizás | 81 |
| El <i>fracking</i> y el derrumbe de los montes | 84 |
| «Desafección», un sentimiento nuevo..... | 87 |
| «Provocación» con una camiseta madridista | 90 |
| El espíritu de la coma..... | 93 |
| Un poco de constitucionalidad..... | 96 |
| Nada es realmente incomparable | 99 |
| Problemas en el trasero..... | 102 |
| Agentes de «movilidad»..... | 105 |
| La comisión de sabios rectificadas | 108 |
| Manifestaciones que corren por la pista..... | 111 |
| El uso sospechoso de la palabra «pueblo»..... | 114 |
| El Real Madrid ‘versus’ el Barcelona..... | 117 |
| Cómo enfriar las expulsiones en caliente | 120 |
| Las cremas «antiedad» no enjuvenecen | 123 |
| La gente anónima tiene nombre | 126 |
| La información desestructurada..... | 129 |
| Quiero declarar inaugurado este acto | 132 |
| Lo contrario de «externalización» es <i>casting</i> | 135 |
| La sinécdoque confusa..... | 138 |
| «Lo peor ha pasado», pero sigue ahí..... | 141 |
| Derechazo de Nadal con la izquierda | 144 |
| Las banderas no se ofenden..... | 147 |
| «Yo», «yo», «yo», «yo» y «yo» | 150 |
| «Caerán precipitaciones en forma de nieve» | 153 |
| «Depurar responsabilidades», qué difícil | 156 |
| La indefinición de los novios | 159 |
| El confuso aroma del vocablo «tribunal» | 162 |
| La palabra «inmigrante» se hereda | 165 |
| El ministro sí dijo lo que no dijo | 168 |
| La seguridad es insegura..... | 171 |

| | |
|--|-----|
| El cadáver estaba muerto..... | 174 |
| Descárgatelo gratis | 177 |
| Cuánto dura el verbo «me equivoqué» | 181 |
| «No me consta», dicen los testigos..... | 184 |
| El fallo informático, o el fallo del informático | 187 |
| «Vuelta rápida» lo son casi todas | 190 |
| «Los dos Xabis» o «los dos Xavis» | 193 |
| El arte de comparecer | 196 |
| Un error del que bebemos mucho..... | 199 |
| La palabra «oposición» los obliga a oponerse | 202 |
| Las vocales repetidas insultan menos..... | 205 |
| El catalán de Don Quijote | 208 |
| ¿Habla usted mi idioma?..... | 211 |
| El prestigio de las palabras | 214 |
| «Derecho a decidir» ¿qué? | 217 |
| «Hora menos en Canarias»..... | 220 |
| El significado de las palabras..... | 223 |
| «Tinto de verano pael calor» | 228 |
| Ejecutar un asesinato | 231 |
| Escrache de ida y vuelta..... | 234 |
| El bulto y el cangrejo | 239 |
| Austeridad: nueva acepción..... | 241 |
| Arrancar un verbo pegajoso | 244 |
| La falta de contexto cambia la historia | 247 |
| Matrimonios de hombres, patrimonios de mujeres | 250 |
| Películas para adultos | 253 |
| Gitanos y gitanerías..... | 256 |
| Lo que encubre «ajuste de cuentas» | 259 |
| Palabras que se quedan detrás de backstage..... | 262 |
| Subnormal | 265 |
| Medirse con la gramática | 268 |
| Esas cosas y esos señores | 271 |

| | |
|--------------------------|-----|
| ÍNDICE DE TÉRMINOS | 275 |
|--------------------------|-----|

Un romano con lanza y reloj

Las teleseries cuya acción se desarrolla en tiempos pasados, casi siempre revueltos, nos transportan a la luz del candil, a aquellas pastas hechas en casa; a los sombreros y pamelas, las capas y las toquillas, el tabaco de hebra, el continuo trajinar en las acequias, el movimiento de las calesas y los carros, el manteo que viste el cura, qué cosas pasaban entonces, por cierto; a las cofias de las criadas, las horcas de los campesinos.

¿Y las palabras?

Los asesores de vestuario han hecho un buen trabajo. Desde aquella película de romanos en la que un *extra* aparecía con una lanza en la mano y un reloj en la muñeca, estos detalles ya se cuidan mucho.

¿Pero y las palabras?

Las palabras también nacen en algún momento. Ni nos vestimos ahora como nuestros bisabuelos, ni los pastores de principios de siglo decían anglicismos.

Las teleseries de época necesitan trajes de época, decorados de época... y palabras de la época.

Se nota en esto, vaya por delante, un esfuerzo de algunos guionistas españoles.

Así, un personaje quiere *echar un párrafo* con otro, quizás para quitarle lo que lleva *en la sesera* porque no le parece *un buen pensamiento* ; y aprovechará para *referirle* una historia

que debe conocer sin demora, porque Raimundo *está empezando a amoscarla*, y a Emilia desde que llegó de La Puebla se la ve *muy mohína*. Y si alguien se pone pesado, cualquiera le puede espetar: «*Y vuelta la mula al trigo*». Se aprecia sin duda la buena voluntad, la intención de marcar con claridad que los lenguajes van con las épocas.

Lástima lo del reloj.

Como sucedía con aquel romano disfrazado pulcramente para el péplum, con sus sandalias bien liadas y su lanza impecable —y con su reloj—, las bocas de algunos de estos personajes situados en siglos anteriores visten anacronismos verbales que disuenan del esmero que se aplica en las demás reconstrucciones.

En *Águila Roja* (lo recogió Isaías Lafuente en su Unidad de Vigilancia de la SER) una buena persona avisa de que quieren *linchar* a alguien, cuando en el siglo XVII aún no había nacido el expeditivo Charles Lynch, aquel juez virginiano que consideró un engorro eso de abrir juicio a unos acusados; y nadie había conjugado aún, por tanto, el verbo «linchar»; como tampoco existía entonces «boicotear», porque el irlandés Boycott (el primer ser humano a quien se aplicó un boicoteo, en 1880) no era todavía ni proyecto de administrador agrario.

Ésos y otros *relojes* pueden aparecer en las series de época que pasan a diario por nuestras pantallas:

«*Irónicamente*, me has salvado la vida», reconoce uno de estos personajes de telenovela. (En vez de «paradójicamente»). Pero esa clonación del inglés es muy reciente, con difícil presencia en la época de la serie y mucho menos en un ámbito rural. «No necesito que sigas *dándome la vara*», añade otro. (Tal expresión se usaba entonces para otorgar el mando a los alcaldes, y se les daba la vara sin que se molestasen por ello). Y un tercer actor dirá luego, vestido con su sombrero y su capa: «Está viviendo un episodio *puntual*». (O sea, lo que venía siendo «pasajero» o «esporádico»). Y «eso *nos ralentiza*

todo» (como nos quejamos ahora pero como nadie habría lamentado entonces cuando las cosas se retrasaban).

En *Amar en tiempos revueltos*, el inspector Vallejo le pregunta a Bonilla si la noche anterior se fue «de farra», expresión que no podemos imaginar habitual en el Madrid de la posguerra y que nos llegaría mucho tiempo después como americanismo (desde el portugués de Brasil).

«*Es por eso que me ofrezco a mediar por él*», proclama la señora Montenegro en *El secreto de Puente Viejo*, anticipándose a su tiempo y a su pueblo con un raro galicismo entonces en España, aunque no tanto en América.

Y el triste Tristán nos ofrece una premonición del triste lenguaje de nuestros tristes días: «Cuando *me posicioné* a favor de Pepa...».

Más tarde nos informa el mismo personaje: «Mi padre tuvo *una aventura* con Águeda», para definir esa «relación amorosa ocasional» que entraría en el Diccionario unos cien años después.

«¿*Vale?*». Águeda, la madre de la partera, precede en unos decenios a Belén Esteban y a millones de telespectadores que ahora sí preguntan de ese modo en busca de asentimiento o conformidad; expresión que María Moliner considerará en 1966 un neologismo.

Y en la taberna del pueblo, el cartel pegado en la pared anuncia: «*Se renta* habitación», un verbo extrañísimo en la España de entonces y aun en la de ahora.

Los guionistas, pese a su gran esfuerzo de estilo y aunque dan en la flor de usar expresiones preciosas, no consiguen apartarse siempre del penoso lenguaje de nuestro siglo, y les hacen proferir a sus personajes expresiones como «está hecho *desde* el cariño» o «lo tengo más claro que *este* agua»; y ponen en boca del pobre cura don Anselmo al final de una boda: «Puedes besar a la novia»; como si los muchachos estuviesen casándose en Cincinatti.

Pero sorprende más todavía que Raimundo, un tabernero de ley, le diga al tontaina de Juan: «Una mentira repetida mil

veces no se convierte en verdad». Con ello no sólo se anticipaba unos treinta años a Joseph Goebbels sino que ya se ocupaba incluso de desmentirle.

Las series españolas basadas en épocas lejanas han alcanzado una calidad insólita, tanto por el trabajo de los actores como por los guiones o la ambientación. Se cuidan el decorado y la vestimenta, se estudian las modas, los utensilios y las armas a fin de no errar en la minucia y reconstruir con fidelidad un tiempo pasado, sin temor a que por ello el espectador de hoy sienta lejana esa trama. Sin embargo, parece que falta en algunas el *dialect coach* de los anglosajones (si lo llamásemos así, quizás nos parecería más importante) para asesorar sobre acentos y épocas; o que tal vez se desdeñan, como en tantos otros aspectos de nuestros días, la precisión y el respeto histórico para con la cultura del idioma español.

Así que algunas series nos acaban recordando a aquel auténtico adelantado de su tiempo: el romano del reloj; a quien, al menos, no le obligaban a decir que se estaba *posicionando* para la batalla.

Cambiar las palabras o cambiar la realidad

Todas las opiniones difundidas en las últimas semanas relacionadas con el género —suscritas por académicos, especialistas en sexismo, lingüistas o polemistas en general— tienen razón, aun pareciendo enfrentadas.

La discusión existe, creo, porque el problema se aborda desde perspectivas discrepantes, no porque esté sometido a discrepancia el fondo del asunto: la necesidad de eliminar cualquier discriminación, incluida la que propicie el lenguaje.

Por un lado escriben quienes creen que las palabras pueden cambiar la realidad. Y por otro, quienes sostienen que es la realidad la que cambia las palabras. Dicho de una forma más técnica: quienes ponen su punto de mira en los significantes y quienes se fijan más en los significados.

La historia de la lengua nos ha enseñado que esos dos fenómenos transformadores son posibles, si bien el primero («las palabras cambian la realidad») suele obtener logros solamente pasajeros; y sin embargo útiles.

Por ejemplo, en los eufemismos se desvanece con los años el efecto perseguido; porque modifican la percepción de la realidad —no tanto la realidad misma—, pero sólo durante un periodo. No por decir «reforma fiscal» desaparece la subida de impuestos; y además al cabo de un tiempo ya todo el mundo sabe lo que significa realmente «reforma fiscal».

Eso se debe a que el contexto suele afectar al significado de cada vocablo, como ha estudiado la pragmática (Austin, Grice y compañía). Quizás la expresión «los derechos de los españoles y las españolas» se asocie en nuestro contexto a una mera diferencia de sexo en una situación de igualdad jurídica; pero podemos dudar si sucederá lo mismo al decir «los derechos de los saudíes y las saudíes». Tal vez en este segundo caso el contexto nos haga separar a los saudíes de las saudíes, en la misma estructura gramatical que juntaba a los españoles y a las españolas. Dicho de otro modo: no por ser iguales en el lenguaje somos iguales en la sociedad.

Intentaré explicarme mejor.

La palabra «llave» designó siempre un objeto metálico que sirve para abrir y cerrar las puertas. Sin embargo, en el hotel nos dan una tarjeta de plástico y nos dicen «aquí tiene usted su llave». Por tanto, ha cambiado la realidad sin que cambie la palabra que la nombra. Siguiendo con el mismo vocablo, no es lo mismo decir «no olvides esa llave» cuando el contexto implica que podemos despistarnos y dejarla sobre la mesa, que «no olvides esa llave» cuando se lo dice el entrenador al yudoca.

Si nuestro contexto específico modifica en cada caso las palabras, es posible por tanto que dejen de parecernos sexistas algunas expresiones cuando haya dejado de serlo la realidad que las enmarca.

Llevado todo esto al problema de la discriminación o la ocultación de la mujer, da la sensación de que las posturas se dividen entre quienes esperan que los cambios sociales modifiquen los *significados* (como está sucediendo con «mujer pública», por ejemplo) y quienes prefieren actuar primero y con urgencia sobre los *significantes* (y elegir «la judicatura» en vez de «los jueces», o «el profesorado» en vez de «los profesores»).

Hasta hace sólo unos años, en efecto, «mujer pública» era sinónimo de prostituta (frente al significado de «hombre

público»). Tal vez no resulte osado sostener ahora que dentro de muy poco nadie hará aquella asociación, habiendo ya casi tantas mujeres como hombres en el desempeño político.

En definitiva, un grupo piensa que se cambiará antes la realidad si se cambian primero las palabras, y el otro cree que cambiar la forma de hablar de millones de personas puede ser incluso menos rápido que cambiar la realidad. Por el contrario, quienes critican esta segunda perspectiva opinan que, así como son necesarias las cuotas para que la mujer ocupe su lugar (y yo estoy a favor de las cuotas), hace falta intervenir en el idioma para acelerar también la igualdad gramatical y social. Y muchas de sus recomendaciones, en efecto, se pueden cumplir sin esfuerzo ni artificio: «los derechos de la persona» en vez de «los derechos del hombre», por ejemplo.

Ahora bien, tenemos un problema: en tanto que los contextos intervengan en los significados, estamos perdidos si queremos gobernar solamente las palabras.

A la última rueda de prensa de la Moncloa asistieron cerca de treinta periodistas, y nadie pensará al leer esto que se trataba sólo de hombres, porque estamos acostumbrados a ver a muchas mujeres en ese escenario. Pero si alguien dice «diez policías intervinieron en el rescate», es muy probable que pensemos en diez hombres, porque la policía todavía está formada principalmente por hombres; y sin embargo ninguna de esas palabras del sujeto gramatical tenía marca de género. Y si decimos «al concurso de belleza se presentaron 23 jóvenes» (tomo el ejemplo de Álvaro García Meseguer, autor de varias obras sobre sexismo lingüístico), quien lo escuche habrá pensado en 23 mujeres, porque la mayoría de los concursos de belleza son femeninos.

El día en que los concursos de belleza masculinos sean tan numerosos y mediáticos como los femeninos, la percepción cambiará; y lo mismo ocurrirá, en sentido contrario, cuando en las operaciones policiales intervengan en igual medida mujeres y hombres.

Pero tanto cambian la realidad y el contexto nuestra percepción de los vocablos, que una expresión inclusiva como «mis padres» (nadie habría dudado hasta hace poco que eso incluye al padre y la madre) puede dejar de serlo, y parecer ambigua a medida que se den más casos de hijos con dos padres varones.

No tenemos la forma de calcular si resultará más rápido cambiar los significantes que usan millones de personas o más rápido cambiar esta realidad tan masculina para cambiar así nuestros significados. Por tanto, podemos considerar las dos posturas igualmente bienintencionadas, y pensar que con ambas se puede avanzar hacia el objetivo.

El punto de encuentro parece posible, en definitiva, porque el propósito común es mejorar la realidad. Si partimos de eso y los dos grupos saben escucharse sin prejuicios, el diálogo entre ellos resultará más rico y menos desabrido.

Jugamos tranquilas, ¿eh?

Cierto político proclamó una vez en un acto electoral, hace unos 15 años: «Compañeros y compañeras, lo que defendemos nosotros y nosotras...».

Y claro, ese «nosotras» sonó raro. Porque «nosotras», con arreglo a la gramática, es un pronombre inclusivo del sujeto que habla; de modo que quien lo pronuncia se sitúa dentro del grupo que menciona. Así que un hombre no puede decir «nosotras», en puridad; sino sólo «nosotros». Quizás aquel político debió elegir para tal frase «nosotros y vosotras», y nadie le habría tomado el pelo.

Sin embargo, algo está sucediendo en nuestra lengua, porque algunos varones empiezan a incluirse en los términos femeninos con toda naturalidad. Es decir, sin forzar el idioma y probablemente sin darse cuenta.

El 5 de agosto de 2012, a las 20.22 horas, dijo el periodista Francisco José Delgado, en la Cadena SER, al transmitir un partido de waterpolo femenino en los Juegos Olímpicos:

—¡Si ganamos, estamos clasificadas!

Podría parecer anecdótico, fruto de la buena voluntad de un periodista educado en la tolerancia y en el espíritu de igualdad; o tal vez consecuencia de su deseo de implicarse en la victoria de la selección nacional. Pero no se quedó eso en un ejemplo aislado, porque el entrenador del equipo femenino de

balonmano aconsejó pocos minutos después a sus jugadoras durante un *tiempo muerto*, en el minuto 28 de partido y cuando vencían 24-20 a Noruega:

—¡Jugamos tranquilas, ¿eh?!

Y a partir de ese momento, todos empezamos a jugar tranquilas.

Todavía más. A las 23.25 del mismo día, Manu Carreño, director del *Carrusel Olímpico*, aventuraba en la misma emisora:

—Si estamos entre las siete primeras vamos a ser oro.

(Se refería a las posibilidades de la regatista española Marina Alabau en *windsurf*, que iba camino de la medalla).

Disfrutábamos así de tres ejemplos significativos en apenas unas horas de radio y televisión (confieso que veo la televisión mientras oigo la radio y ojeo el *As*). Eran tres casos reales de varones que utilizaban genéricos femeninos incluyéndose ellos en el grupo.

Y aún se añadiría un cuarto ejemplo, el día siguiente, 6 de agosto, a las 20.44 horas: el periodista de la SER José Antonio Ponseti anunciaba, un tanto decepcionado, pues tenía mejores expectativas para las nadadoras de la sincronizada:

—Somos terceras después de las rusas.

Uno se imagina de inmediato a Ponseti siendo tercera después de las rusas, y enseguida se apunta al grupo en solidaridad con él. Yo también era tercera, y me parecía una injusticia que a las nadadoras españolas de sincronizada nos hubieran dado una puntuación tan inferior a nuestros méritos.

¿Un quinto ejemplo? Lo hay, y muchos más que ya dejé de anotar. Antonio Romero, a las 0.13 del viernes 10, hablando de la derrota en la final de waterpolo: «Hemos pecado un poco de inexpertas».

Y sí, creo que los españoles fuimos un poco inexpertas en ese partido.

Bienvenida sea esta evolución (por supuesto muy incipiente), que acierta a coincidir en este caso con el criterio de quienes sostienen que la lengua se adapta a la realidad como el

agua a la vasija; y que si cambiamos la realidad y fomentamos la presencia de la mujer en todos los órdenes de la vida donde antes estaba discriminada, cambiaremos con el mismo esfuerzo el lenguaje; frente a quienes defienden, con idéntica buena voluntad, que primero hay que cambiar el lenguaje porque así se cambiará más fácilmente la realidad.

Sea como fuere, viene a cuento aquí esa diferencia entre género y sexo tan explicada antes por los gramáticos y tan despreciada ahora por ese lenguaje oficial que habla de la violencia machista como «violencia de género» (la violencia siempre fue «de género femenino» —decimos «mucho violencia» o «violencia innecesaria», pero no «mucho violencia» ni «violencia innecesario»—; violencia de género femenino aunque la perpetren generalmente hombres y la combatamos todos): el género era un fenómeno gramatical, y existían tres géneros: masculino, femenino y neutro (*el, la, lo; él, ella, ello; este, esta, esto*); y el sexo, un fenómeno biológico (una silla tiene género, pero no sexo); y sólo hay dos: mujer y hombre. (Para mejor información y mayor precisión, véase el *Diccionario panhispánico de dudas*, entrada «género»). No estoy seguro de que esa antigua diferencia entre género y sexo vaya a sobrevivir, pero permítanme usarla al menos en el siguiente párrafo.

Lo cierto es que en estos tiempos, y por fortuna, ya hay hombres que, cuando se hallan ante una idea que refleja la presencia predominante de mujeres, empiezan a incluirse voluntaria y espontáneamente en el género femenino... sin por ello haber cambiado de sexo. Me parece un avance formidable. Sobre todo porque las españolas hicimos unos sensacionales Juegos Olímpicos.